

# Pensar y pensarnos humanos: Un acercamiento a la democratización de la educación y la educación de la democracia

Luis Fernando Chávez Díaz

A mis alumnos, quienes son mis más importantes maestros.

*(Los hombres) nos lo dirán todo y, según su grado de obediencia,  
les permitiremos vivir con sus mujeres o sus amantes  
y les consentiremos o no tener hijos.  
Y nos obedecerán, muy contentos.*

*Nos someterán a los más penosos secretos de su conciencia  
y nosotros decidiremos en todo y por todo; y ellos acatarán, alegres,  
nuestras sentencias, pues les ahorrarán el cruel trabajo  
de elegir y de determinarse libremente.<sup>1</sup>*

## Introducción

“El Gran Inquisidor” (¿o habría que llamarlo *el Gran Educador de nuestros tiempos?*) me va a permitir comenzar a esbozar algunas ideas respecto a la educación y a la democracia como efectos uno del otro, nociones inseparables cuando se intenta sería y éticamente sostener una posición de educación para la liberación y, por ende, para la democratización y devenir ciudadano del mexicano. Y es que el cuento de Dostoievski nos sumerge en unas cuantas líneas

---

<sup>1</sup> “El Gran Inquisidor”, cuento relatado por Ivanovich a su hermano en el libro de Fiodor Dostoievski, *Los hermanos Karamasov*. La historia gira alrededor de una visita inusitada de Jesús a Sevilla, un día en que habían sido ejecutados 100 herejes. El Gran Inquisidor manda encerrar a Jesús después de verlo realizar diversos milagros y se dirige a su celda para entablar sus reclamos hacia él, y recalcarle el dominio de aquellas tres tentaciones que rechazase él, y que ahora los clérigos tomaban en sus manos para salvar al hombre de sí mismo, siendo los depositarios de dicho secreto.

y con una gran sagacidad, en una de las prácticas humanas más antiguas, aquella de la que se ha hecho mito sobre los orígenes de la humanidad y de la que a la vez se obvia su importancia, su estudio y efecto socio-histórico, quizá, me atrevería a decir, debido a su añejamiento y cotidianidad de dicha práctica que pasa desapercibida por la mayoría. La práctica a la que me refiero es precisamente la educación, esa profesión imposible que colinda con otras dos según Freud y sus reflexiones en torno a la cultura y su quehacer social como psicoanalista: gobernar y psicoanalizar. ¿Qué tiene que ver este epígrafe con lo aquí descrito, pero más aún con el tema de la educación y la democracia? Comencemos, para su develamiento, con tratar de dilucidar algunas nociones sobre educación, o mejor dicho, de cómo entenderé la educación en este texto, para poder ir construyendo mis reflexiones en torno a esta temática de suma importancia para nuestra condición ciudadana. Para ello tomaré como base de dichas reflexiones sobre la educación a Paulo Freire, filósofo y pedagogo brasileño que, por su quehacer social y literario será, junto con otros autores aquí mencionados, nuestros interlocutores con aquello que llamamos democracia, pero ante todo, con aquello que llamamos ciudadano, digamos, un poco románticamente parafraseando a Silvio Rodríguez: “aquél que da una canción y hace un discurso sobre su derecho a hablar, que da una canción con sus dos manos, con las mismas que ha de matar. Aquél que da una canción y grita Patria y sigue hablando para ella, que da una canción como un disparo, como un libro, una palabra, una guerrilla... como da el amor.”

### ***Advertencia al lector:***

Este ensayo es un diálogo que entablo con mi persona y lo que escribo, con los autores en quienes me apoyo para sostener mis ideas, entre mis profesores, familia, amigos, enemigos y extraños, con quienes he entablado algún contacto y han dejado una experiencia humana en mí. Un diálogo que pretendo entablar también con quien lea este ensayo, a través de las experiencias, creaciones, críticas y reflexiones que hagan en torno a este trabajo, esperando no tengan piedad con él al criticarlo, despedazarlo de ser necesario, si con ello han de construir y crear nuevos diálogos y reflexiones, pues así me daré por satisfecho en mi humilde misión en este ensayo.

## 1. Educación como proceso de humanización

Podríamos comenzar por distinguir por lo menos dos niveles distintos de educación (lo que no significa que ambos sentidos no se articulen y funcionen de forma dialéctica). El primero referido a la educación en tanto noción filosófica que nos permita acercarnos en la práctica con sus vicisitudes. Así, educación la entenderemos como un proceso a través del cual el ser humano va construyendo una serie de significaciones que le dan sentido a la realidad en la cual está inmerso. Esta realidad que está construyéndose no es un proceso solitario que se pueda desligar de su necesaria intervención de otros seres humanos en dicha creación de una realidad socio-histórica. Cuando un ser humano comienza a conocer su realidad, existe ya una serie de significaciones sociales e históricas respecto a ese mundo, por lo que la educación (y es aquí donde encontramos el segundo nivel de la educación y su articulación con el primero, que sería su institucionalización) también es un proceso de inserción del hombre en un medio social determinado, pues dichas significaciones que constituyen la idea de realidad de una sociedad dada le permiten existir, mantenerse cohesionada y sobrevivir, pues lo que mantiene a una sociedad unida es, en palabras de Castoriadis, la “institución de la sociedad como un todo”, es decir, las normas, valores, lenguaje, herramientas, procedimientos y métodos de hacer frente a las cosas y de hacer cosas y, desde luego, el individuo mismo, tanto en general como en el tipo y la forma particulares que le da la sociedad considerada (y en sus diferenciaciones: hombre/mujer, ciudadano/campesino, etc. por ejemplo). (*Los dominios del hombre*)

Así, la noción de realidad que trabajo aquí es una realidad factible a ser cambiante, en movimiento, con la intervención del hombre en los procesos de cambio de su mundo circundante, y no tan sólo de conceptos, ideas o conocimientos *objetivos* que son simplemente así porque la realidad (o mejor dicho, la escuela, la ciencia, los expertos, etc.) nos lo enseña<sup>2</sup>, y que funciona

---

<sup>2</sup> Nos dice Castoriadis: “¿Qué proviene, en lo que conocemos, del observador (de nosotros) y qué proviene de lo que es? Esta pregunta no tiene respuesta y nunca la tendrá”. Pero esto no significa que no se le intente dar una, y que esa respuesta forme parte de consideraciones que pensamos o vivimos como únicas, incuestionables u omniscientes, que sin embargo sí van transformándose y transformando con ello la sociedad, no obstante, también se resiste al cambio de dichas *verdades incuestionables* que dan respuesta a una pregunta imposible, lo cual nos obliga a preguntarnos: ¿por qué existe una resistencia al cambio?, ¿qué se requiere para que las transformaciones se den en una sociedad?, ¿quién determina los cambios que se dan y los que no?

como un dispositivo a través del cual se intenta *domesticar* al ser humano, para evitar precisamente el movimiento y transformación de las sociedades, debido a los riesgos que esto implica en las concepciones determinadas del mundo, o en otras palabras, sus creencias, significaciones, legitimidad, consenso, apoyo o adhesión que le permiten a las instituciones que conforman a *La institución imaginaria de la sociedad* su validez efectiva. Pensemos en un ejemplo que nos permita, tal vez, resignificar un sinnúmero de situaciones donde esta contradicción (entre creación de concepciones distintas de la realidad y las nociones arraigadas de la sociedad) se ha dado: la gran resistencia que existió durante siglos enteros para aceptar la idea de que la Tierra era redonda y que giraba alrededor del Sol, dadas las transformaciones tan radicales que podría<sup>3</sup> provocar en instituciones dominantes, como la Iglesia y el Estado, en cuanto a las nociones de hombre, de Dios y de libertad, por mencionar tan sólo algunas de las múltiples transformaciones que este hecho, aunado con otros muchos, provocaron en nuestra realidad socio-histórica. Como en el cuento de Dostoievski, la disposición del Gran Inquisidor a ahorrarles a los hombres el pesado y cruel trabajo de determinarse libremente, o digamos, de cuestionar el saber instituido y dar lugar a la creación y la deconstrucción de nuestra *realidad social*, es una de las resistencias que comúnmente encontraremos en sociedades que intentan o buscan un cambio social, pues éste no es resultado tan sólo de la *intención* del mismo, sino de una lucha, en torno a la educación que es nuestro tema, para provocar los cambios, es decir, una posición ética que nos enfrenta constantemente con la muerte, la muerte de ideales, de creencias, de conocimientos y significaciones, de nuestra propia identidad alienada y alienante, sobre este aspecto volveré más tarde. Por el momento continuaremos con nuestro acercamiento a la concepción de educación a través de otra noción importante que trabajaremos sobre la misma con Freire, que es la concientización.

---

<sup>3</sup> Si pongo esta palabra en cursivas, es debido a que no es un *hecho* o una *verdad* que produce un cambio al aparecer concepciones contradictorias en un momento histórico determinado. Para ello, antes habría tan sólo la posibilidad de que esto suceda. Para reflexiones en torno a este hecho invito al lector a leer la obra de Michel Foucault.

La concientización es un proceso involucrado en la creación de un mundo humanizado<sup>4</sup>, que considera una constante confluencia o vuelta dialéctica entre procesos de acción-reflexión, es decir, la contextualización del conocimiento en una realidad social que le permita al educando y al educador reconocer y reconocerse en ese proceso a través de la comunicación, que comprende dialogar, entregar y recibir una acción humana que es entre sujetos, entre iguales, compartir el significado y el sentido de las palabras, teniendo en cuenta que las palabras no contienen significados fijos sino cambiantes, y que eso enriquece no sólo al lenguaje, sino a la experiencia humana. Comunicación como opuesto a extensión, es decir, la acción de extender a otros medios conocimientos estáticos.

De esta forma el sujeto que extiende es, en cuanto actor, activo frente a los *espectadores* en quienes deposita el contenido que extiende, con el que se *alimenta el hambre de saber* de los educandos. (Freire, *¿Extensión o comunicación?...*)

Esta concepción *nutricionista del conocimiento* representa un momento de desaparición de lo humano en el hombre, es decir, del diálogo entre pares, de su creatividad, pues quienes leen y estudian deben hacerlo para llegar a ser *intelectualmente gordos*. Esta misma concepción es la que significa mayoritariamente en nuestras sociedades a la educación como un acto de transferencia de conocimientos. (Freire, *La importancia de leer...*) Esta concepción deshumanizante de la educación es también un analfabetismo político:

Desde el punto de vista lingüístico, el analfabeto es aquél o aquélla que no sabe leer o escribir, el *analfabeto* político –no importa si sabe leer o no– es aquél o aquélla que tiene una percepción ingenua de los seres humanos en sus relaciones con el mundo, una percepción ingenua de la realidad social que, para él o ella, es un hecho dado, algo que es y no que está siendo. (Freire, *La importancia de leer...*)

---

<sup>4</sup> Por mundo humanizado entendemos el amor al mundo de la vida, mediado por el diálogo amoroso entre los hombres que buscan la libertad, creando la cultura en la historia, un devenir siempre inconcluso, en transformación, que está en movimiento dialéctico, en contraposición al mundo deshumanizado el cual sería el amor a la muerte en la cultura del silencio con la opresión del hombre, por medio de la violencia sin sentido histórico, mundo masificado, destemporalizado, alienado, dominado, pasivo y de conciencia refleja. Álvarez C. L. *La ontología de lo humano del primer Freire*. Editorial Miguel Ángel Porrúa y UAT. México, 2005.

Por lo tanto, la educación no está desligada de la política. El mito de la neutralidad de la educación, que lleva a negar la naturaleza política del proceso educativo y a tomarlo como un quehacer puro, nos lleva a obviar de nueva cuenta las relaciones humanas de comunicación, en el sentido freireriano, así como la pregunta de la construcción de nuestra realidad social, cayendo en determinismos fijos que nos complican la posibilidad de crear cambios sociales. Desde la postura en la que me sostengo para escribir este ensayo, y que he venido intentando exponer en estas páginas, es tan imposible negar la naturaleza política del proceso educativo como negar el carácter educativo del acto político. (Freire, *La importancia de leer...*) Es decir, la educación, como práctica liberal y de concientización, conlleva un despertar a la realidad social en que el sujeto se constituye (lo que no significa que esté determinado total e indefinidamente por éste), lo que daría lugar a su devenir político, es decir, a su asunción como sostenedor, creador y también agente de cambio de su realidad social, una concepción de hombre como ser que está siendo historia, su historia y la de su entorno, compartiendo espacio con otros sujetos; ser que es *Tiempo*, porque es capaz de crear una infinidad de representaciones y significaciones de sí y de su entorno, por lo que no es sólo en el tiempo; un sujeto que también cae fácilmente en las tentaciones del determinismo fijo, del poder y la corrupción, del abuso de otros o de solapar dichas injusticias. (Chávez)

Por el otro lado, todo acto político constituye una educación o, en otros términos, creación de significaciones que cohesionan a la sociedad, por lo que las prácticas políticas participan en el sostenimiento de las acciones y vicios de la misma. Así encontramos que no es la educación la que conforma la sociedad de cierta manera, sino la sociedad la que, conformándose de cierto modo, constituye la educación de acuerdo con los valores que la orientan, a través de distintos mecanismos que sostienen su estructura social. A partir de esto, es como observamos que desde la institución educativa, en el caso específico de México, se ha intentado legitimar diferentes proyectos políticos de nación, país y sociedad, en contextos regionales específicos que abarcan desde el siglo XIX hasta el XX. (Salazar Guerrero)

Pensemos, para ejemplificar esto, en los distintos cambios en las reformas educativas que se han dado alrededor de la historia

de nuestra nación, como aquélla hecha durante el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, en la cual la educación tomaba (o intentaba continuar tomando) una posición laicista (sin la intervención de la Iglesia) y de corte socialista, intentando unificar las instituciones, dadas las luchas políticas y los rompimientos provocados por el *maximato* y los seguidores del ex-presidente Calles, dando lugar, por un lado, a la unificación y pacificación de la mayoría de los grupos obreros, agrarios, etc., por el otro, a un poder absoluto del Estado sobre las decisiones en los distintos ámbitos sociales, incluidos la educación. Los únicos espacios donde se continuó la disputa fueron las universidades, en donde muchas de ellas exigieron autonomía, y peleaban por la libertad de cátedra. (Robles)

Estas disidencias en las universidades públicas abrieron la diversificación de discursos y conocimientos, aunque su costo político fue, en muchas de ellas, la politización del conocimiento, provocando así que los planes de estudio en beneficio de los profesionistas quedaran siempre segregados o condicionados por el grupo político dominante en turno, quedando escindida la relación dialéctica entre política y educación. Paradójicamente, Cárdenas fortificó al País, pero también creó las condiciones por las cuales el Estado podría controlar (teóricamente) todo lo que en el País se *debía* trabajar, enseñar, moralizar, decir, callar, etc., situación que ha ido transformándose pero, al contrario de lo que los medios de comunicación y la publicidad comercial y política nos intentan *enseñar*<sup>5</sup>, la libertad de discursos sigue siendo una veta en nuestra convivencia diaria, pues aun cuando la intervención del Estado ha ido disminuyendo a favor de la construcción de asociaciones civiles, la dominación no se hace esperar, aunque con un rostro distinto, una mascarada de libertad y democracia que nos enajena y nos convierte en un *hombre masa*, totalmente incapaz de diseñar proyectos de futuro, y que siempre corre el riesgo de dejarse domesticar por cualquiera que le someta con una ideología fuerte (Cortina) o, como el Gran Inquisidor, que le evite la pena de determinarse libremente. Estas nuevas formas de dominación, digamos, de deshumanización, son las que nos han de interesar revisar, en aras de reflexionar en torno al lugar de la democracia en la educación y el de la educación en la democracia.

---

<sup>5</sup> Esto es, que somos *libres* de elegir y decir lo que queramos.

## 2. Educación para la desaparición democrática de la democracia vs. Democracia educativa, liberación y devenir ciudadano del mexicano

En nuestro país la educación tiene una formación deshumanizante. Encontramos tantas incongruencias en su institución, como en los actores involucrados en ese acto de *domesticar*, que no de *comunicar* o educar humanamente.

Tan sólo hay que prestar un poco de atención a nuestro entorno para poder reflexionar sobre las distintas formas en que la humanización desaparece, no sólo en el aula escolar de todos los niveles, sino también en los medios de comunicación que se dedican a pasar noticias amarillistas sobre accidentes automovilísticos, asesinados, muertos y heridos por doquier, y que se espantan o se indignan con gran facilidad ante padres que asesinan a sus hijos, niños que asesinan a otros niños, culpando a éstos por sus *actos inhumanos*, sin sentarse a reflexionar en su participación y sostenimiento de dichas prácticas con su quehacer mórbido más que informativo.

No hay que olvidar las pesadas jornadas de trabajo que de ocho horas, se convierten en 12 o hasta 18 horas para algunos, dados los raquíticos salarios que se pagan y el sinnúmero de injusticias que el Gobierno y la ciudadanía dejan pasar sin hacer nada al respecto, quejándose tan sólo por las noches, con la familia, los amigos, tomando cervezas, en los partidos de futbol (que más parecen circos romanos dedicados a enajenar a la gente, proporcionándoles un espacio de desahogo catártico de sus penas, con todos los excesos permitidos, o ignorados)<sup>6</sup>, pero que no

---

<sup>6</sup> Esta situación es característica que valdría la pena que el lector revisara con cuidado, pues no es sólo una posición azarosa a través de la cual el mexicano encuentra desahogo. Los mitos alrededor de lo que es el *mexicano* están llenos de arquetipos culturales que legitiman la dominación y subordinación de los ciudadanos, haciéndonos *creer*, e inclusive enorgullecemos, de que el mexicano es emotivo, sentimental, impulsivo, violento, agresivo, desmadroso, resentido, ardido, lépero, alburero, relajiento, capaz de soportar y hacer siempre frente a situaciones difíciles y dolorosas. Características resaltadas por intelectuales de la talla de Octavio Paz en *El Laberinto de la Soledad*, pero que, aun sin saberlo, en vez de proporcionar una identidad nacional, propician, al contrario de lo que parece, un sometimiento del mexicano, capaz, finalmente de soportar todas las situaciones de miseria en las cuales lo sumerge la dinámica misma del sistema social aceptando las relaciones de explotación con desgano. Reyes R. E. "Las figuras modernas de subjetividad en la cultura mexicana desde el paradigma de las redes imaginarias del poder". En *En torno al Sujeto, contribuciones a debate*. Editado por UNAM-Escuela de Estudios Profesionales Campus Acatlán. México, 1999.

funcionan como denuncias civiles, como verdadera asunción de su lugar de ciudadanos con derechos y deberes, porque éstos no los conocen, y ni los ciudadanos ni los gobiernos se han interesado por darlos a conocer. Cuántas veces no hemos escuchado por alguien cercano que labora en alguna de las famosas *maquilas* las interminables quejas sobre los abusos de los que son blanco, terminando la frase con un “ni modo, si me quejo me corren, pues al fin y al cabo no soy indispensable, hay mucha gente que necesita trabajo y fácilmente me pueden remplazar”.

Más aún, me ha tocado escuchar dentro del recinto escolar en el que laboro, los mismos argumentos en forma de amenazas *sutiles* hechas por los directivos, objetando que si no les agrada la forma en que se llevan a cabo las cosas dentro de la *empresa* (institución educativa) tienen las puertas abiertas, al fin y al cabo hay una gran fila de aspirantes a laborar en dicho recinto educativo. Estos ejemplos nos sirven para cuestionarnos con respecto a los distintos modos en que la educación deshumanizante funciona, diluyendo las creencias de que la educación termina donde la escuela y la familia marcan sus límites. Nuestra condición actual tiende cada vez más a una sociedad neoliberal, consumista, preocupada por cubrir *necesidades* que se confunden con demandas de consumo, que las empresas *cubren* con venta de productos cada vez más insólitos, inservibles, pero que prometen *liberar al hombre, dotarlo de longevidad, darle felicidad y seguridad en su vida*, en otras palabras, enajenarlo, negar la muerte y las posibilidades de crear deconstruyendo viejos dogmas, apostando a la incertidumbre y al error de los cuales se puede aprender y construir saber que nos permita seguir moviéndonos y transformando nuestra realidad histórico-social; productos éstos que pasan desapercibidos por la Procuraduría del Consumidor, que las autoridades dejan que se comercialicen y, aún más, los medios de comunicación permiten su promoción aun cuando vayan en contra de los *valores o principios* que presumen transmitir. *Compra, venta, consumo, lucro, dinero y más dinero* parecen ser los únicos principios o valores que compartimos todos los mexicanos, aunque paradójicamente nos desvaloricen y nos conviertan en fieras salvajes en busca de destruir al otro para evitar que nos gane *el pan de cada día*, o mejor dicho, *el consumo del día de hoy*. ¿Cómo no pensar que estas transformaciones de demanda a necesidad nos lleven a renunciar democráticamente a

nuestra libertad como lo planteara el Maquiavelo de Maurice Joly en *Diálogos en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*? Este endemoniado Maquiavelo se burla de la democracia y demuestra cómo ésta se convierte simplemente en la continuación de una oligarquía. Dice desenfadadamente:

Parecéis creer en todo momento que los pueblos modernos tienen hambre de libertad. ¿Habéis previsto el caso en que no lo deseen más, y podéis acaso pedir a los príncipes que se apasionen por ella más que por sus pueblos? Si la necesidad de vivir se hace pasar de modo suficiente —en forma de paro, crisis económica, amenaza terrorista, cultura consumista, etc.— la gente se desinteresará de las libertades políticas y facilitará a sus dirigentes —o incluso les exigirá— del desinteresarse ellos a su vez. ¿Qué le importa al proletariado, inclinado sobre su trabajo, abrumado por el peso de su destino, que algunos oradores tengan el derecho de hablar y algunos periodistas el de escribir? Habéis creado derechos que, para la masa popular, incapacitada como está de utilizarlos, permanecerán eternamente en el estado de meras facultades. Tales derechos, cuyo goce ideal la ley les reconoce, y cuyo ejercicio real les niega la necesidad, no son para ellos otra cosa que una amarga ironía del destino. Os digo que un día el pueblo comenzará a odiarlos, y él mismo se encargará de destruirlos, para entregarse al despotismo. (*Diálogos en el infierno*)

Más aún, el consumismo de nuestra sociedad cada vez más materialista nos lleva, incluso, a pervertir el sentido de *rebelión*, pues muchos hombres y mujeres de las clases sociales bajas no ansían hacerse con el poder por amor a la libertad en sí misma, sino para arrebatar sus riquezas a los poderosos y proporcionarse los placeres que envidian. Los significados de rebelión, revuelta, revolución, huelga, protesta y lucha social, se han tornado más en sinónimos de *desmadres hechos por huevones* (porque la lucha social, la crítica y defensa de nuestros ideales no *producen*, en el sentido económico del término), *revoltosos que buscan desestabilizar al País*. Tan sólo basta ver las noticias para percatarnos del sentido que los medios de comunicación televisivos dan a las huelgas, paros laborales o manifestaciones públicas, en donde se destaca tan sólo a los *damnificados* por dichos *desmanes*, los *terribles* problemas de tránsito que estos *revoltosos* provocan, y rara vez mencionan

las condiciones que desataron dicha huelga o manifestación, la situación que viven los trabajadores que hacen uso de este derecho constitucional, así como también los usos y abusos por parte de las empresas y los sindicatos sobre los trabajadores. En lugar de esto, actualmente se busca significar al *rebelde* como aquél que hace lo que quiere, que es *libre* porque *toma sus propias decisiones sobre qué camisa hay que usar el día de hoy o a qué antro hay que ir para estar a la moda*. Éstas significaciones tan insípidas de la rebeldía son sostenidas desde la educación escolar, la cual se basa en la opinión de que a través de ésta se saca a la gente de su ignorancia y subdesarrollo y la pone en un estado de ilustración y civilización (Carnoy), por supuesto, sosteniendo la tesis del ser humano infante como tabla rasa que *absorbe* todo lo que percibe a su alrededor. Postura nutricionista como la que apuntara más arriba respecto a la extensión en la educación y que, contrario a proporcionar un estado de ilustración, produce un estado de oscurantismo, de domesticación, de imposibilidad del ser humano de crear pensamiento, saber que exige la experiencia del conocimiento no sólo a partir de aprender un concepto, de su razonamiento, sino de aprehenderlo (en el sentido de apropiárselo) y mostrarlo en su articulación con el vivir del sujeto, con su práctica y con su particularidad, dotando al concepto de un significado que funciona en relación a ese sujeto y su interacción con los demás en uno o más medios institucionales que singularizan su aparición y uso. (Chávez) Así observamos en los salones de clases una serie de acciones encaminadas a la disciplina, las cuales tienen como objetivo enseñar al niño las reglas de buen comportamiento, cómo sentarse en el salón, recto con la espalda en el respaldo, las piernas juntas y la cabeza erguida, callado, los brazos sobre el banco, alerta en todo momento para anotar lo que el maestro y sólo él, indique anotar. En mi experiencia como docente, he podido observar esta situación de cerca. Los niños me preguntan constantemente: “¿Eso va a venir en el examen? ¿Anoto eso en el cuaderno? ¿Lo anoto en esta hoja o en otra? ¿Cuántos espacios dejo entre pregunta y pregunta?”

Cuando les respondo con un simple *como tú quieras*, observo sus rostros sorprendidos, asustadizos, viviendo una incertidumbre que parecen no haber experimentado jamás, una libertad de decisión que nunca se les ha dado, que se les niega bajo la tutela de una educación basada en la repetición constante de

reglas morales que permitan su memorización y, en ciertos niveles, una suficiente simbolización, pero sin que sean construidas por la reflexión en torno a la convivencia humana, a la comprensión de que uno nunca es solo, sino en relación a los demás, como una ética basada en el amor propio porque se entiende que yo estoy conformado también por el otro, así como yo participo en la conformación de los demás.

Lo más absurdo es pensar que por llevar una materia de valores o de ética los niños aprenderán a *ser buenos*. Antes habría que preguntarnos cuál es nuestra concepción moral de la virtud y de los vicios. Además, cabría preguntarnos: ¿es posible enseñar a alguien a ser justo, honrado, bueno, o aquí lo fundamental es que él quiera serlo? ¿No es cierto que no puede enseñarse a nadie a querer ser bueno? La memorización de conceptos morales no significa la comprensión, reflexión y devenir ético del sujeto, pues por el contrario, por ser un saber que siempre parte de un *Otro* poseedor de la *verdad*, del *saber absoluto, objetivo y real*, queda relegado a lo que el otro piense, o mejor dicho, indique pensar al sujeto, pues su voluntad está subordinada a las *órdenes sociales* representadas en la escuela por el maestro. No es de sorprender que los alumnos no sean capaces de tomar decisiones propias y, mucho menos, de cuestionar la autoridad del profesor.

Cuando comencé a experimentar estas situaciones con mis educandos-educadores<sup>7</sup> no dejaba de recordar mi pasar por la universidad, pues las mismas escenas que observaba como maestro de primaria, las observé como alumno universitario en un gran número de compañeros de grupo, quienes mostraban una gran angustia cuando algunos profesores llegaban al salón, tomaban asiento junto con nosotros formando un círculo que, como dicha forma geométrica, no mostraba un principio o final del mismo, ni tampoco un lugar privilegiado al maestro, y después de un pequeño suspiro abría sus labios para decir: “¿Qué leyeron?”, o simplemente guardar silencio y esperar a que alguien comenzara a hablar.

Eran clases que se podían volver verdaderos cementerios, pues nadie alzaba la voz. Las angustias no se hicieron esperar tampoco al comenzar la práctica profesional como psicólogos,

---

<sup>7</sup> Les llamo así a mis alumnos dado que considero que tanto aprenden ellos de mí como yo de ellos.

exigiendo a los maestros un *manual* de qué hacer y qué no hacer, dejando fuera el instrumento principal de toda profesión de las humanidades, que es la subjetividad, el sujeto mismo, la reflexión y la crítica. Lo mismo sucedía en torno a los textos revisados en clases que, más que concepciones teóricas, parecían ser *devorados* como verdades absolutas, biblias de la nueva religión *ciencia* que son incuestionables, pues si alguien escribe un libro es porque *sabe* y no se tiene entonces derecho a cuestionarlo. Del mismo modo en que expongo los actos de mis educandos-educadores y ex-compañeros universitarios, tengo la responsabilidad ética de hacerlo con mi persona. Y es que como docente me enfrento a mis propias contradicciones en torno a mi ideología y la absorción por parte de la institución educativa en las prácticas alienantes que he venido comentando. Muchas veces he caído en la cuenta que, por presión de los tiempos en tanto el cumplimiento de los temas revisados, así como también por mis propias incongruencias, termino diciéndoles a los niños qué hacer y cómo hacerlo.

Peor aún, he asumido el lugar típico del dominante, un lugar de poder ante los niños en el que olvido escucharlos para comprender las lógicas desde donde piensan diversas temáticas, pero también cuando se trata de faltas *morales*, en donde termino regañándolos o castigándolos, ignorando por entero su opinión y principalmente, olvidando que sin prestar escucha a ellos, a sus razones y aparentes sinsentidos, no puedo entablar un diálogo, sino simplemente la imposición unilateral de restricciones y castigos. Pero son también ellos mismos, con sus juegos, sus preguntas, sus inquietudes y sus lógicas aún no del todo alienadas, los que me hacen ver de vuelta mi error, e intentar seguir sosteniéndome en una posición de *compañero del aprendizaje* de ellos, que no propiamente de maestro.

Así, reflexiones en torno a la moral que *enseñamos* o *transmitimos* me hacen dudar respecto a la veracidad de éstas, pues algunas como que los niños *no piensan lo que hacen*, o que *hay que decirles qué se debe de hacer y qué no, para que aprendan a distinguir lo bueno de lo malo* no son más que razonamientos adultos, alienados, que se repiten como un modo de mantener aquellas creencias con las que crecimos y, que al pasar por el ritual de convertirnos en *adultos*, se simbolizan suficientemente para ser transmitidas a las generaciones más jóvenes, *incapaces aún* de simbolizarlos.

Tras estas resignificaciones de dos eventos sucedidos en distintos tiempos, así como espacios, no puedo menos que cuestionarme en que la escuela, desde los niveles más básicos, está dedicada a la desaparición del humano, del hombre revolucionario, crítico y reflexivo, del ciudadano capaz de asumir y asumirse en democracia, no como una imposición de moda, sino por convicción propia, por asumir una posición ética que nunca termina de construirse, pues no se es humano o ciudadano, en cambio, se está siendo. De nuevo se nos aparece la tesis freireniana: “no es la educación la que conforma la sociedad de cierta manera, sino la sociedad la que, conformándose de cierto modo, constituye la educación de acuerdo con los valores que la orientan”, juego dialéctico que no deja de asomar sus consecuencias por doquier, en ámbitos aparentemente alejados de la educación, como los medios de comunicación, la cultura del consumismo, hasta el inquisidor salón de clases.

Con este tipo de discursos que prohíben y repudian la rebelión y la crítica social y personal en aras de transformar nuestro medio, cualquier intento de revolución, de cambio social hacia la democracia, se vuelve imposible, más aún, una burla socarrona de las ideologías dominantes que no pretenden perder su poderío y su enriquecimiento a costa de los demás. El problema de la democracia no se soluciona con una campaña publicitaria en donde se invita al ciudadano a participar en las elecciones, o en que haga preguntas al Gobierno, obligado a responderlas por la nueva *Ley de Transparencia*. Mientras se sostengan ideologías domesticadoras y deshumanizantes en la educación, así como por parte de las instituciones que conforman nuestra sociedad, a quienes les conviene tenernos alienados y enajenados en aras de no perder su lugar de Grandes Inquisidores disfrazados de *salvadores*, la democracia, como un devenir ciudadano,<sup>8</sup> es una utopía que ni por asomo está por darse, en cambio, sí se fomenta cada vez más la desaparición democrática de la democracia. Pero la culpa no es sólo de quie-

---

<sup>8</sup> Es decir, sujetos que asuman sus orientaciones y se hagan responsables de ellas, desprendiéndose de esa actitud de vasallaje en la que, para formular un juicio moral, político, etc. se cree necesario tener que tomarlo de alguien o algunos que lo den ya hecho, que puedan percatarse de que es imposible a cualquier ser humano llegar a juicios verdaderos o correctos en solitario, sin ayuda de otros, de ser conscientes de la necesidad de una ética compartida por todos los miembros de una misma sociedad porque, sin unos mínimos morales compartidos mal van a sentirse ciudadanos de un mismo mundo, pero que dichos mínimos no son la imposición irreflexiva de unos cuantos, sino la construcción constante de ellos por parte de toda la sociedad civil.

nes encarnan las ideologías dominantes o los grupos de poder, sino de todos los ciudadanos ya que, como apunta Adela Cortina:

Somos insustituibles en la construcción de nuestro mundo moral, porque los agentes de moralización, los encargados de formular los juicios morales, de incorporarlos y transmitirlos a través de la educación, no son (únicamente) los políticos, ni los personajes del mundo de la imagen, ni los cantantes, ni el clero, ni los intelectuales, sino todas y cada una de las personas que formamos parte de una sociedad. Por eso puede decirse sin temor a errar que la moral de una sociedad civil –la moral cívica–, la hacemos las “personas de la calle”, o no se hará”. (*La ética de la sociedad civil*)

La democracia no se enseña, se vive y se gana día a día, se adviene ciudadano y se lucha por ello, para seguir siéndolo. No se agota en un voto, en una denuncia, en un *deber* cívico, se busca y se encuentra pocas veces, se pierde más comúnmente y el dolor y cansancio que producen su búsqueda es quizá el único rincón del misterio de su efímera existencia en donde se adviene en democracia.

Hay mucho qué hacer en este respecto pues la profesión imposible que es la educación requiere de una constante puesta en entredicho para su deconstrucción y reconstrucción en aras de crear las condiciones necesarias para advenir ciudadanos, que no para *enseñarlo*, pues ésta es la imposibilidad más importante que se vive en el acto de educar. Habría que empezar con uno mismo, con pensar y pensarse en lo que hace, dice y sostiene de estas prácticas, enfrentándonos con nuestra cómoda alienación feliz, muriendo y reviviendo de entre los restos, sin temerle a la incertidumbre, a la libertad, a la frenética de vivir. Ponernos en cuestionamiento cada vez que actuamos desde un individualismo tolerante<sup>9</sup>, cuestionando, criticando y actuando sobre nuestra

---

<sup>9</sup> Perspectiva desde la cual el individuo sería el centro de la organización social, pero un individuo que, iluso, tolera generosamente que otros individuos piensen de forma diferente y no se empeña en imponerles su propio punto de vista. Sin embargo, una tolerancia así mencionada, es más bien indiferencia, porque no se intenta imponer puntos de vista, ni tampoco opinar, debatir y compartir el punto de vista de uno con los otros, porque simplemente no se interesa por la opinión del otro ni el otro por la de uno, pues se lucha más por el afán de competir contra los otros, en la obsesión de consumir, que por defender una posición ética, un punto de vista que no sea simplemente la repetición de un discurso más o menos seductor de otro. Algunas referencias sobre el individualismo tolerante en Cortina, Adela. *La ética de la sociedad civil*.

realidad social de forma activa y por qué no, revolucionaria, haciendo uso de nuestros derechos humanos y constitucionales, tales como la libertad de expresión, de protesta y manifestación, de huelga, pero eso sí, con la responsabilidad suficiente para afrontar las consecuencias que nuestros actos conllevan.

Aunque también habría que estudiar seriamente la situación actual de nuestra educación escolarizada y del lugar del profesor, pues ser profesor responsabiliza a producir y enseñar un saber al tiempo que se profesa, es decir, que se promete adquirir una responsabilidad que no se agota en el acto de saber o de enseñar. Aquí se aparecen tres características, la de saber profesar, profesar un saber y producir un saber (Derrida, 2002), las cuales se articulan entre sí, haciendo reflexión propia (del profesor) sobre lo que ha de enseñar, saber por qué enseña eso y no otra cosa, cuestionarse su forma de profesar los temas, de enseñarlos (qué es lo que quiere enseñar de un tema particular, por qué le da más peso a algunas consideraciones del texto que a otras, qué espera del grupo a quien profesa tal o cual asunto, etc.), y poder producir un saber en el sentido de sacar provecho de la experiencia y apropiarse de lo que le ha dejado, así como de producir un conocimiento de ese saber que le permita también compartir sus ideas y retroalimentación por parte de los demás involucrados en el acto de profesar y enseñar. De igual manera es asumir que el alumno es también profesor para el maestro, y que en el proceso de aprendizaje ambos actores (maestro-alumno) forman una relación dialéctica. Pero, además, es poner en entredicho lo que la institución educativa quiere transmitir para que no quede como algo instituido, sino en constante construcción. ¿Hay cura a nuestra condición actual? Sí la hay, pero hay que provocarla, buscarla, desearla, asumir que nunca la hemos de encontrar, por lo que siempre debemos continuar buscándola, construyéndola, creándola, vivir apasionadamente, vivir, vivir, vivir.

Habría que enfermarnos un poco de romanticismo, de pasión, y de amor propio para contrarrestar los vicios de nuestra condición actual, pues todo acto democrático y humano requiere de amor, de ese con el que Silvio nos cantó y que me acompañó con su (mi) idea de rebelde, patriota, ciudadano o, simplemente ser humano, que escribiera en este ensayo. Así es que de nuevo lo evoco, con el mismo romanticismo que lo caracteriza, con el mismo romanticismo con el que intento actuar, con el mismo que

amorosamente les comparto aquí, pues a través de su poesía nos regala una bella reflexión sobre la frenética de vivir y amar, de luchar y combatir por los otros y no contra ellos:

“El necio” (fragmento)

*...Yo quiero seguir jugando a lo perdido, yo quiero ser a la zurda más que diestro  
yo quiero hacer un congreso de lo unido, yo quiero rezar a fondo un hijo nuestro.*

*Dirán que pasó de moda la locura, dirán que la gente es mala y no merece,  
más yo partiré soñando travesuras, acaso multiplicar panes y peces.*

*Dicen que me arrastrarán por sobre rocas, cuando la Revolución se venga abajo,  
que machacarán mis manos y mi boca, que me arrancarán los ojos y el badajo.*

*Será que la necedad parió conmigo, la necedad de lo que resulta necio,  
la necedad de asumir al enemigo, la necedad de vivir sin tener precio.*

*Yo no sé lo que es el destino, caminando fui lo que fui,  
allá Dios que será divino. Yo me muero como viví.*

SILVIO RODRÍGUEZ

---

## Obra consultada

- Álvarez C., L. *La ontología de lo humano del primer Freire*. México: Porrúa/UAT, 2005.
- Carnoy, M. *La educación como imperialismo cultural*. 8a. edición. México: Siglo XXI, 1990.
- Castoriadis, C. “Lo imaginario: la creación en el dominio histórico-social.” *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. 2a. edición. Barcelona: Gedisa, 1994.
- Cortina, A. *La ética de la sociedad civil*. 2a. edición. Madrid: Anaya, 1995.
- Chávez D., L. *Un devenir que no termina: nuestra condición profesional*. Trabajo presentado en el Primer Foro Estudiantil: “Reflexiones en torno a la institución universitaria”, los días 2 y 3 de mayo de 2005 en la Facultad de Psicología de la UANL. Publicación en proceso.
- Dostoievski, Fedor M. *Los hermanos Karamasov*. México: Porrúa, 1979.
- Freire, Paulo. *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural*. 23a. edición. Uruguay: Siglo XXI, 2004.
- . “Alfabetización de adultos y Bibliotecas populares: una introducción.” *La importancia de leer y el proceso de liberación*. México DF: Siglo XXI, 1984.
- . “El proceso de alfabetización política: una introducción”. *La importancia de leer y el proceso de liberación*. México DF: Siglo XXI, 1984.
- Reyes R. E. “Las figuras modernas de subjetividad en la cultura mexicana desde el paradigma de las redes imaginarias del poder.” *En torno al sujeto, contribuciones a debate*. México: UNAM-ENEP Acatlán, 1999.
- Robles, M. *Educación y sociedad en la historia de México*. 3a. edición. México DF: Siglo XXI, 1979.
- Salazar Guerrero, R. *Imaginación y deseo. Los actores del ámbito universitario*. Colección Problemas Educativos de México. México: Porrúa/ UAM-A, 2001.
- Savater, F. “Del exterminio democrático de la democracia”, prólogo a la versión en español al libro de Maurice July, *Diálogos en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*. En *Ética como amor propio*. Barcelona: Mondadori, 1988.